

508

4
9-54

14

COMPENDIO HISTÓRICO
DE LA
LENGUA LATINA

POR

DON MARIO MÉNDEZ BEJARANO

CATEDRÁTICO POR OPOSICION EN EL INSTITUTO DE GRANADA,

LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS

Y EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO, INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL

ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS Y DE LA ROMANA

«UNIVERSALIIUM QUIRITUM CÆTUM.»



GRANADA.

IMPRENTA DE F. GÓMEZ DE LA CRUZ

Calle del Angel, núm. 7.

1893.

BIBLIOTECA HOSPITAL R
GRANADA

Sala:

C

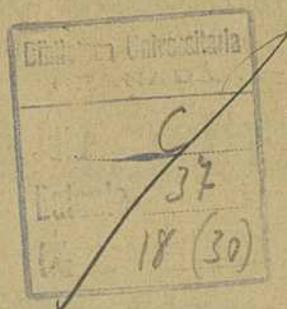
Estante:

002

Número:

076 (14)

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20



COMPENDIO HISTÓRICO
DE LA
LENGUA LATINA



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

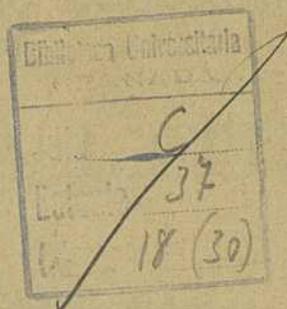
C

Estante:

002

Número:

076 (14)



COMPENDIO HISTÓRICO
DE LA
LENGUA LATINA



2454

RESEARCH CENTER

UNIVERSITY OF CALIFORNIA



R. 29149

COMPENDIO HISTÓRICO
DE LA
LENGUA LATINA

POR

D. Mario Méndez Bejarano

CATEDRÁTICO POR OPOSICIÓN EN EL INSTITUTO
DE GRANADA, LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS Y EN
DERECHO CIVIL Y CANÓNICO, INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA
REAL ACADEMIA SEVILLANA
DE BUENAS LETRAS Y DE LA ROMANA
«UNIVERSALIUM QUIRITUM CÆTUM.»



GRANADA.

—
IMPRENTA DE F. GOMEZ DE LA CRUZ
Calle del Angel, núm. 7.
1893.

COMPENDIO HISTÓRICO

LEN GEA LATINA

de la lengua latina

Es propiedad del autor.

*Queda hecho el depósito que
marca la ley.*



COMPENDIO HISTÓRICO
DE LA
LENGUA LATINA.

I.

La radical transformación que, por imperiosa exigencia del espíritu moderno, han sufrido todos los sistemas de enseñanza en los ramos todos del humano saber, ha alcanzado con no menor intensidad al estudio de las lenguas, materia hoy favorita de la atención docta y á la cual consagran inmenso caudal de tiempo, erudición y trabajo las inteligencias que en toda Europa marchan al frente de la cultura contemporánea.

No basta ya con recitar rápida é inconscientemente flexiones nominales ó verbales, catálogos de voces y revuelta amalgama de preceptos establecidos por caprichoso empirismo, perpetuados por indolente rutina y á veces contradictorios ó inexactos. Necesítase conocer el fundamento de la arquitectónica del lenguaje, porque solo este conocimiento racional puede ofrecer garantías de régimen científico y de fructuosa aplicación. El primer paso para constituir en ciencia la lingüística, es el empleo del método histórico, y este sistema se ha impuesto en todos los centros desde que la práctica ha evidenciado que el estudio

de las lenguas á la luz de la Historia no es una complicación; sino una simplificación.

Pero si el sistema histórico es para las lenguas vivas una ventaja, para las lenguas muertas es una imprescindible necesidad. Si para algo sirve el conocimiento del idioma latino en que se escribieron leyes y ciencias que son hoy todavía la base de nuestra legislación y de nuestra cultura, no interesa menos el latín primitivo y el latín decadente de Tácito y Séneca, que el *sermo classicus* de Cicerón y Virgilio. Tan idioma romano es uno como otro y en todos ellos hay leyes y poemas, lecciones y deleites que el espíritu contemporáneo, ávaro de recojer cuantos provechos le ofrezca el legado de la antigüedad, no puede desconocer rectamente ni desdeñar á conciencia.

Por otra parte: el mero conocimiento del latín del siglo de Oro no puede explicar total ni parcialmente el nacimiento y la ley de vida de estas hermosas hablas romances en que hoy moldea su pensamiento y la expresión de sus pasiones nuestra raza latina, pues sin conocer el lenguaje vulgar de Roma y los principios en que descansan la derivación, transmutación y perfeccionamiento del lenguaje, y cómo estos principios accionaron sobre el latín, no es posible conocer ni medianamente la Gramática española, francesa, italiana, portuguesa ó valaca, porque solo por el estudio biológico se explican contradicciones é irregularidades casi siempre aparentes y que responden mejor al sentido de la realidad que los menguados cánones de una gramática artificiosa y formalista.

Presentes estas consideraciones, hemos juzgado prudente dar á la juventud que concurre á las áulas de nuestros centros de enseñanza un breve compendio de la historia de la lengua latina, no más extenso que este opúsculo, porque no se adaptaría á la enseñanza anticuada, que, por lo general, recibe, y más bien destinado á ser estímulo de laudable curiosidad que cuerpo de sistematizada doctrina.

II.

Llámase *Latín* la lengua hablada en Roma por ser el *Lacio* región de la Italia central, el lugar en que se establecieron los primitivos fundadores del pueblo romano, *latini prisci*.

La filiación del latín, antes confusa por creérsele hijo inmediato del griego, es hoy asunto claro y cuestión resuelta. Tanto el latín como el griego se derivan de la lengua *arya*, hablada por la noble y privilegiada raza, tronco de las familias indoeuropeas, en que parecen vinculados el cetro del mundo y el génió de la civilización. No es del momento detallar este estudio tanto étnico como filológico, bastando dejar expresado que las citadas lenguas son hermanas y extendieron sus dominios, la una al E. y la otra al O. del mar Mediterráneo. Y aun muchos autores opinan que el latín es la hermana mayor, porque en sus elementos y estructura se refleja más poderosa é inmediatamente que en el griego el sello característico de la lengua madre.

No es empresa llana determinar cumplidamente los orígenes del idioma latino. En los primitivos tiempos luchaban en la Italia central varios dialectos: el osco, el volsco, el samnita, el umbrío, el sabino y otros que, como estos, nos son totalmente desconocidos, y solo podemos conjeturar que, siendo el latín uno de tantos y, dada la analogía de los pueblos, debían ser muy semejantes entre sí y hasta entenderse unos pueblos con otros hablando cada cual su respectivo idioma. El hecho es que el dialecto latino llega á imponerse, anula por completo los otros, y á partir de este instante el latín, ya constituido en idio-

ma, se presenta con una maravillosa unidad, realizando en la esfera de la palabra la misma misión que Roma realizó en la política.

No debió influir poco el sabino en la formación del latín puesto que romanos y sabinos se fundieron en un solo pueblo á los albores de la historia de Roma; tampoco el osco suministraría escaso contingente cuando durante mucho tiempo se presentaron en Roma farsas en el citado dialecto y no menos entrarían en la lengua latina elementos griegos traídos por las colonias helenas á las risueñas costas de Italia donde pronto establecieron íntimas relaciones con los pueblos del Lacio.

Esta unidad del latín, que acaso ninguna otra lengua haya alcanzado, no quiere decir que todo ciudadano romano ó sometido al poder de Roma, hablase el mismo é idéntico lenguaje, no; en las provincias el latín se modificaba según las condiciones de cada pueblo y el *sermo urbanus* se distinguía mucho del *sermo provincialis*; pero estas alteraciones de la lengua oficial no llegaron nunca á constituir verdaderos dialectos. De igual modo la gente consagrada á las faenas campestres no se expresaba como los habitantes de la ciudad, ni la plebe de Roma como la sociedad más distinguida. De aquí la oposición del latín *urbanus* al *rusticus* y del *nobilis* al *plebejus*. Más adelante volveremos sobre estas variedades de la expresión latina, cada una de las cuales ha desempeñado su papel en la Historia y ha influido á su modo en el desenvolvimiento del espíritu de nuestra raza.

Suelen dividir los AA. la historia de la lengua latina, y no es esta la ocasión de proponer nuevas divisiones, en cinco épocas que corresponden á los períodos biológicos de infancia, juventud, madurez, vejez y decrepitud. Comprende el primero desde los orígenes del idioma hasta el siglo III (A. de J. C.); el segundo hasta el I (A. de J. C.); el tercero abraza el siglo anterior á J. C. y parte del siguiente hasta la muerte de Augusto;

el cuarto hasta el fin de los emperadores Antoninos, y el quinto hasta la desaparición del latín como lengua viva. Las dos primeras épocas son arcaicas, la tercera es la edad de Oro, el momento de plenitud y apogeo, las dos últimas de decadencia, hasta la muerte del idioma que presta su sávia á los romances neo-latinos y deja su esqueleto para la expresión bárbara de las escuelas de la Edad Media.

III.

PRIMERA ÉPOCA. Es el lapso de tiempo en que el pueblo romano se constituye y va formando su carácter nacional al par del complicado sistema de sus instituciones.

En lucha con un clima ingrato y un áspero suelo, en guerra después por extender los límites del *ager publicus*, en constante agitación más tarde por fijar el derecho civil, los romanos debieron ser un pueblo rudo, poco accesible á los halagos del arte, menos propenso á los vuelos de la filosofía especulativa, porque su actividad y pensamiento eran continuamente solicitados por la pugna sin tregua en que debían conquistar su individualidad histórica. Para el espíritu de esta edad (*ætas barbará*) sobraba con un idioma rudo también, viril y adusto. Como no existían en contacto con Roma influencias extrañas que influyesen en el desenvolvimiento de la lengua, el latín se fué formando por sí, con sus propias fuerzas y presentando ya un sello original que garantizaba su porvenir como lengua viva. Al terminar este ciclo, el latín, áspero y pobre aún, estaba ya



formado y acaso por esto dice Cicerón que el siglo de los Escipiones es el siglo de la verdadera latinidad.

No obstante, este período ante-literario no fué ilustrado por vates ni prosistas, y solo ha recogido en él la erudición literaria restos y fragmentarias muestras de los primeros acentos de las musas latinas. Enumeremos de pasada estas reliquias, únicos monumentos en que podemos estudiar ó conjeturar el carácter del primitivo latín.

Es el primero el Canto de los Arvales (*Carmen fratrum arvalium*) que consistía en una especie de canto ó rogativa que los arvales, sacerdotes colegiados cuya institución se remonta al ciclo legendario de los siete reyes, entonaban en sus procesiones. Pocas palabras de las contenidas en el fragmento que de esos himnos se conservan, han subsistido en la lengua latina; otras se han modificado, y hasta el sabio Fauriel se pregunta si el lenguaje de los cantos arváticos es el latín ó bien otro de los primitivos dialectos.

De fecha posterior, poseemos restos de los *axamenta* que formaban el *carmen saliare* ó himno que los salios, sacerdotes de Marte, entonaban al compás de danzas en su procesión de la primavera. A estos albores poéticos del génio romano pertenecen las *nenias* y los *carmina convivalia*, destinados aquellos á las ceremonias fúnebres y estos á los banquetes celebrados en honor de los patricios arrebatados por la muerte.

Los *carmina triumphalia*, coros de la desenfrenada soldadesca en las solemnidades militares; las *sátiras*; las *fesceninas*, poesías campestres; los *mimos*; las *atelanas* ó farsas escénicas: hé aquí las únicas manifestaciones de la poesía latina en este período. Los monumentos en prosa se reducen á los *Fastos* de los Pontífices de que quedan preciosos fragmentos, algunos restos de leyes antiquísimas, conservados por Festo, en los cuales comienzan á distinguirse las formas gramaticales del latín, un senado-consulta del año 568 de la fundación de Roma aboliendo

do las bacanales, del cual solo teníamos la noticia que suministra Tito Livio, hasta que en 1692 se descubrió grabado en bronce en las excavaciones practicadas en Calabria, los fragmentos de las Doce Tablas; la inscripción de la columna rostral erigida en el Foro para perpetuar la victoria del cónsul Duilio sobre las armas cartaginesas (261 A. de J. C.), en la cual se conservan numerosos arcaísmos y las terminaciones célticas *ai* para el genitivo y *od* y *ed* para el ablativo; y, en fin, las inscripciones tumulares ó epitáficas que adornan el sepulcro de Scipión Barbatus (456 años de la fundación de Roma) y del memorable Lucio Cornelio Scipión (499), con la particularidad de ofrecer la segunda formas más arcaicas que la primera, á la cual es posterior en 43 años.

Tan menguada es la herencia literaria que de esta época ha llegado á nosotros, que no contiene elementos bastantes para la formación de un juicio crítico, debiendo contentarse el filólogo con el cálculo de probabilidades anteriormente apuntado, hasta que nuevos datos, si alguna vez resultan, permitan completar ó perfeccionar los presentes conocimientos.

La escritura era poco frecuente entre los primitivos romanos y no se generalizó hasta que la influencia helénica comenzó á extenderse por Italia. Admítase por la generalidad de los AA. que el abecedario latino es de origen griego, si bien no están de acuerdo en cual haya sido el alfabeto griego de que pudo derivarse. Parece confirmar esta opinión el hecho de ser boustroféda la antigua escritura.

Constaba el abecedario latino de diez y seis signos, á saber: A, B, C, D, E, I, K, L, M, N, O, P, Q, R, S y T. Todas las demás letras que andando el tiempo se agregaron á este alfabeto, como la G, la V, la X, la Y y la Z son oriundas del griego, así como la H y la F, que en rigor no eran letras, sino representaciones gráficas del espíritu fuerte y del digamma.

A juzgar por los indicios que han solido hallarse en los autores

latinos, por las sabias disquisiciones de los críticos modernos y por los vestigios de la antigua pronunciación que notamos en las hablas romances, parece que la manera de pronunciar de los romanos debió ser en un principio seca y áspera, suavizándose insensiblemente por la acción del tiempo y el influjo de costumbres más delicadas.

La pronunciación de las vocales era semejante á la pronunciación española; pero la distinción de vocales breves y largas, que en nuestro romance es nula, fué entre los romanos claramente acentuada. Así que la *e* breve se acercaba mucho al sonido de la *i*, y la *o* sonaba á veces con tendencia á la *u*, esto es, como la *o* inglesa en la palabra *no* (ninguno).

Los diptongos daban lugar á sonidos medios y algunos cambiaron su pronunciación, como el diptongo *oi* que degeneró en *oe*, lo mismo que aconteció en el francés de la Edad Media hasta que comenzó á sonar *é* y *uá*.

Respecto á las consonantes hubo mayores alteraciones, pues casi todas, fuertemente pronunciadas en los principios, mitigaron la dureza de sus sonidos.

La *C* sonaba primitivamente como *k* y se ponía en lugar de *g*, como se vé en estas palabras de la inscripción de Duilio: *lectiones pugnanda cartaciniensis*, en vez de *legiones pugnanda karthaginiensis*. Las sílabas *ce*, *ci* se pronunciaban *ke*, *kí*, y la dulcificación de este sonido (probablemente en *che*, *chi*) no se verificó hasta el siglo VI.

La *D* sonaba como en español y al final de dicción se acercaba á *t*, como en francés cuando la palabra siguiente comienza por vocal ó *h* muda.

Plutarco atribuye á Spurio Carvilio la invención de la *G*, cuyo sonido, semejante al de la *gamma*, comenzó á distinguirse de la *c* en los días de las guerras de Pirro.

La *H*, cuyo verdadero valor hemos anteriormente establecido, jamás se llegó á pronunciar tan fuerte como la *h* aspirada

de los franceses; antes bien su sonido se fué debilitando hasta desaparecer en muchas voces.

La *J* sonaba como dos *ies*, tal cual hoy se pronuncia en italiano, y, pasada la época clásica, degeneró en labios del pueblo en un sonido más dulce y silbante.

La *L*, según Prisciano, *triplicem sonum habet: exilem* (cuando era inicial, y entre dos vocales), *plenum* (Al fin de dicción y antes ó después de consonante (*sol, altus, flamma*) *et medium*.

La *M* tenía otros tres sonidos, según Quintiliano: *obscurum in extremitate dictionum sonat, apertum in principio, mediocre in mediis*.

La *N* al final sonaba muy ténue, tomaba un carácter nasal delante de las guturales y se debilitaba delante de la *s, v, j* y *h*.

El sonido de la *Q*, según Tácito, se expresaba por la *c* (*cotidie*). Esta letra fué sumamente discutida. Varrón y otros gramáticos la tacharon de inútil, algunos la consideraron como diagrama formado por la *c* y la *u* (*cvis, cvæ*, etc., por *quis quæ*), lo cual confirma la ortografía de los antiguos mss., y, en fin, se empleó la *q* para las palabras en que la *u* formaba diptongo con la vocal siguiente y la *c* en caso contrario; así se distinguió *cui, cuum*, etc., de *qui, quum*. En la ortografía poética se confunden ambos signos.

La *S* sonaba con más vigor en principio de dicción, más suave entre vocales, como sucede en francés y tenuísima al final de las palabras.

La *T* tenía siempre el mismo sonido que hoy conserva en los idiomas modernos y solo después del siglo de Oro fué cuando por la influencia de los dialectos y del latín popular dulcificó su pronunciación delante de una *i* seguida de otra vocal.

La *V*, resultado de la influencia helénica que suavizó el sonido de la *b*, era frecuente é indebidamente sustituida por la *b* en la pronunciación. A esta viciosa práctica se debe el *calembourg*



del emperador Aurelio á su general Bonoso que incidía en dicho defecto:

Non ut vivat natus est, sed ut bibat.

La *Y* equivalía á la *upsilon*, y no se introdujo hasta bien tarde en la lengua latina.

La *Z*, introducida después de la primera época en el alfabeto, cayó en desuso y fué restablecida en el siglo de Oro y colocada la última en el orden de las letras. En el latín arcaico se representa por *s* cuando es inicial y cuando medial por *ss*. Su sonido, que un autor llama: *mollissimum et suavissimum sonum*, era el de *ss* y *ds*.

La equivalencia de las letras griegas *Fi*, *Ji* y *Zeta* se representó en latín por *p*, *c*, *t* hasta el tiempo de Mario en que comenzaron á usarse las aspiradas *ph*, *ch* y *th*.

Las consonantes dobles se pronunciaban marcando distintamente la separación, como aún se observa en la lengua italiana.

Los primitivos caracteres alfabéticos eran toscos, angulosos, y en tiempos de Mario ya se presentan redondos, elegantes, hasta que, siguiendo la suerte de la lengua y de la literatura latinas, decaen al compás de estas perdiendo su gracia y gallardía en la baja latinidad.

Las letras dobles se representaban por una especie de apóstrofo ' denominado *sicilicus*, signo que dejó de usarse en los días de los Gracos.

Las vocales no tenían signos especiales para indicar la cantidad. Accio propuso doblar las vocales largas, cuya reforma no prevaleció. La *i* larga se escribió *ei* hasta la dictadura de Sila, en que comenzó á representarse por una mayúscula, *I*.

El empleo del *apex* para indicar la vocal larga data del tiempo de César. El *apex* tuvo la figura de un guión corto, la de un apóstrofo, y, al fin, la de un acento.

El uso de las consonantes no ofrece ninguna especialidad or-

tográfica. Licinio Calvo intentó proscribir el empleo de la *x*, sin poder conseguirlo. Verrio Flaco trató de introducir un signo de forma de una M cuyo último trazo termina á la mitad y que representaría el sonido ténue de la *m* final. Algunos gramáticos propusieron los dos puntos para representar la *n* delante de *s*; p. ej.: *pare:s* por *parens*. Claudio inventó tres nuevos caracteres: el digamma invertido (*non inutiliter*, según Quintiliano), el antisigma y otro para significar el espíritu rudo; pero esta reforma no prevaleció, como se verá más adelante. Terminaremos estas observaciones notando que los latinos no solían distinguir en la escritura la I de la J, ni la U de la V, cuyos sonidos expresaban por estos dos signos: I y V.

Este defecto de la ortografía latina se ha trasmitido á las modernas lenguas de que aquella es madre, y es muy frecuente en la nuestra, sobre todo en la escritura lapidaria, hallar esa misma confusión de letras. Otro tanto aconteció en Francia, donde todos los Diccionarios hasta hace dos siglos han presentado la I y la V con el doble oficio de vocales y consonantes.

La distinción en la ortografía moderna se impuso como una necesidad; porque, ¿cómo no había de ofrecer dudas á los modernos lo que fué motivo de vacilación entre los mismos romanos? Y esta confusión de letras no se contuvo en los límites de la ortografía; sino que extendió su sombra á la pronunciación, de lo cual daremos de pasada algunos ejemplos.

I por J.—Pulsabant *aricte* muros (Virg.) (*arjete*).

J. por I.—*Et jam* que corresponde á *etiam*.

U por V.—Tarda tremendi *Genua* labant (Virg.) (Genvá).

V por U.—Ne temere in mediis *dissoluantur* aquis (Ovid).

El parentesco de la *u* y de la *v* explica la simultaneidad de ciertas formas, como *navita* y *nauta*, de las dos características de los pretéritos perfectos en *ui* ó en *vi* y de los cambios de una letra por otra en la conjugación de ciertos verbos, como *solvo*, *solutum*, etc.

Nada más podemos añadir en los límites que nos hemos trazado. Con este ciclo arcaico termina el aislamiento de Roma y de su lengua. Las armas, triste preliminar de toda evolución civilizadora, van á unir la brillante cultura de la raza helénica con el espíritu práctico de los romanos, el griego y el latín van á encontrarse frente á frente en Heraclea, Asculum y Benevento y la primera derrota de Pyrro será el primer triunfo de la lengua de Homero.

IV.

SEGUNDA ÉPOCA. Cumplido ya el período de constitución interior, Roma se prepara á iniciar la realización de sus colosales destinos. La superabundancia de fuerzas vivas que nutrian la poderosa República salvan los límites de la vida nacional y Cartago, Corinto, cuanto se opone á su victorioso paso cae derribado por las haces del lictor, en tanto que el espíritu del gran pueblo, inspirado á la vista de más amplios horizontes, se abre también al soplo de nuevas ideas y se fecunda con la sávia riquísima de la madre Grecia.

El predominio del helenismo llena y caracteriza toda esta segunda época de la lengua y de la literatura latina. El griego forma la base de una educación distinguida, la juventud patricia habla griego, cuyo idioma se generaliza pronto en la capital de la república, se representan comedias y se pronuncian oraciones en griego, con todo lo cual el latín se enriquece y se pule, si bien á costa de su antigua pureza y severa originalidad.

Al verso nacional saturniano sucede la métrica griega, Ennio da carta de naturaleza al exámetro y parece que el genio latino va á desaparecer arrebatado por el huracan que llega del otro

lado del Mediterráneo; pero en el fondo el espíritu romano permanece y solo se asimila la forma y el arte de los griegos para hacerlo servir al cumplimiento de su misión histórica. La prosodia misma permanece latina aún amoldándose á la melodiosa métrica griega y en el seno de la república se obra también un movimiento de reacción contra aquella cultura extraña, cuyo fondo los romanos no podían comprender, aunque supieron aprovechar en lo relativo á la forma. Catón no quiso aprender griego hasta los últimos años de su vida y el partido de los anti-helenistas obtuvo un triunfo con la expulsión de los filósofos y retóricos, que aún eran exóticos en un pueblo de leguleyos y soldados.

La lengua latina en este período conserva cierta aspereza que no había podido limar sino en parte el contacto con una literatura superior, y presenta ciertas diferencias con respecto al latín clásico de los siglos de oro. Tiene muchos sustantivos que caerán en desuso al espirar esta época y otros nombres que solo á cambio de variar de acepción comprarán el derecho de supervivencia en el idioma. Muchísimos sustantivos pertenecientes á la primera declinación se usaban entonces como de la tercera, que es la declinación más antigua de las cinco que aún siguen enseñándose en las aulas, ó bien como correspondientes á la quinta. Masculinos de la segunda eran empleados como neutros. El genitivo de la primera declinación terminaba en *ai*, y el dativo y ablativo de plural en *abus*. Los en *us* de la segunda se variaban como de la cuarta.

Además, eran asaz frecuentes los contractos en los dativos de plural de la primera y de la segunda declinación. Estas contracciones abundan en Plauto, y hasta en Virgilio, que corresponde á la edad clásica, se halla *tenis* por *teniis* y algunos otros. También el genitivo plural *uum* aparece contraído en *um* hasta el tiempo clásico, así en el testamento de Augusto se ve *trium exercitum*.

Ofrece también esta segunda época confusión entre la segunda y la tercera declinación, pues se ve en las inscripciones *libertes, magistres*, etc. por *libertis, magistris*, etc. Plauto hace el genitivo de *Harpax, Dis*, que corresponden á la tercera, como si fuesen de la segunda.

Hay palabras que en el siglo de Cicerón cambiarán de género. Los adjetivos en *er-is-re*, como *celer, celeris, celere*, etc., existían ya en este tiempo; pero sin distinguir la forma masculina de la femenina; así Ennio decía *somnus acris* y *acer hiens*. La palabra *ipse* era semi-indeclinable. *Ipse* está por *is-pte* ó *is-pse*, es decir, compuesto de *is* y del sufijo *pte* ó *pse*. Así Plauto dice *eumpse, campse*, etc., y Caton, *Vopte*. En la época clásica se olvida el origen de la palabra y la declinación recae, como si fuera simple, sobre la sílaba final.

Úsanse mucho en el ciclo que historiamos los nombres compuestos, si bien de un modo repulsivo al carácter de la lengua como *dentifrangibula, argentienterebronides* y otros no menos exóticos.

La conjugación de muchos verbos era confusa y vacilante, así se decía: *facitur, potestur, capsi*, etc., por *fit, potest, cepi*: muchos activos se empleaban como deponentes, v. g.: *imito, vago, consolo*, etc.

Las preposiciones antiguas sufrieron posteriormente cambios de significación: *am* por *circum*, *ar* por *ad*, *endo* por *in*, etc.

La ortografía ofrece algunas variantes debidas ora á la supresión de letras ó de sílabas; p. ej.: *caldus, momem*, por *calidus, momentum*, ora al aumento, v. g.: *buonus* por *bonus*, ora á numerosas permutaciones de letras.

Estas son las principales diferencias que el latín de la segunda edad presenta con relación á la siguiente. Queda la lengua ya constituida, por más que la literatura se halle aún en el preludio de su desenvolvimiento. Livio Andrónico inicia la serie de los poetas cómicos, Nevio escribe comedias, sátiras y el poema

Bellum punicum, Plauto y Terencio dan á la escena comedias que han sido imitadas hasta en nuestros días. Ennio traza sus *Annales* y escribe tragedias y sátiras, como después su sobrino Pacuvio, Caton se distingue en la elocuencia y compone como historiador sus *Orígenes* y como agrónomo su tratado *De re rústica* y, en fin, Lucilio, dando nueva forma á la sátira, creó un género tan nacional, que más adelante pudo decir otro ilustre escritor: *Satira tota romana est*.

V.

TERCERA ÉPOCA. Tocamos ya á los días del apogeo de Roma y de su evolución literaria. Reducida á cenizas la ciudad de Dido, sometida Grecia, dominada España y concluida la guerra social con la exaltación del elemento popular al sólio de los emperadores, la historia se reduce á la unidad romana, como si la humanidad tratara de organizar todos los elementos dispersos de la edad antigua y legar por mediación de Roma el inventario de sus progresos á la nueva idea que ya alboreaba en los horizontes del porvenir.

Roma, en la plenitud de su vida, robustece la fé que siempre tuvo en sus inmortales destinos y expresa esta conciencia de su grandeza, de su majestad por la boca de sus más exímios poetas. Virgilio advierte al ciudadano romano que su deber es aleccionarse en el arte del gobierno, para dominar é imponer la paz al mundo (Eneid., VI, 853 y siguientes), y el genial Ovidio estampa aquella admirable hipérbole que es el precedente retórico de otra conocidísima que había de pronunciar un gran déspota: *El sol no se pone nunca en mis dominios*. El autor de los *Fastos* había dicho:

Jupiter, arce suam quum totum spectat in orbem,
Nil nisi romanum quod tueatur habet.

Estamos, pues, en la madurez del pueblo romano y en la *etas aurea* de su literatura y de su lengua. La resistencia que señalábamos en la época anterior es arrollada por la ola del helenismo. El génio griego, más amplio y universal, se impuso á la rudeza de los vencedores y Horacio pudo con razón escribir:

Græcia capta ferum victorem cepit, et artes
Intulit agresti Latio.

No se conforma ya la juventud con el preceptor griego, necesario es ver por los propios ojos el territorio que fué teatro de la más alta civilización que admiraron los siglos y recoger en su fuente la miel que la abeja ática labró con lo más selecto del espíritu humano. La juventud romana corre á educarse en Grecia é inunda sus academias de Rodas, de Atenas y de Mitilene, en tanto que los tesoros bibliográficos de la Grecia vienen hacia Occidente para recibir en Roma el noble culto de los vencedores á los vencidos.

Con el imperio de la literatura griega se apasionan los romanos por el cultivo de las formas, y el latín, al perder su pureza, su viril austeridad, gana en ornato, en suavidad, en flexibilidad y en armonía. Mas como toda la sociedad no progresa por iguales pasos, fácil es de comprender que el perfeccionamiento de la lengua literaria aleja cada vez más el *sermo nobilis* de las clases instruidas, del *plebeius* hablado por el vulgo. La distinción entre ambos lenguajes apenas se advertía en el período precedente, por más que ya Plauto había hecho notar que coexistían dos maneras de hablar: rústica una y urbana otra; pero ya en los días de Cicerón ambos latines adquieren fisonomía propia y presentan marcadas diferencias.

Los géneros no eran lo mismo en uno que en otro language, pues multitud de vocablos masculinos en el habla literaria eran femeninos ó néutros en la vulgar, y viceversa, y aún se nota, respecto á los números, que en la lengua plebeya quedan tra-

zas del dual griego en el plural neutro *dua*, que reaparece en los días de la decadencia.

No se alteró menos la pronunciación en el latín popular. La *i* breve se pronunciaba como *e*, el diptongo *au* tomó el sonido de *o* como en la lengua francesa, la *t* se dulcificó ante la *i* seguida de vocal, la *s* final se debilitó hasta perderse casi completamente y otras variaciones menos importantes contribuyeron á acentuar las diferencias entre uno y otro lenguaje.

Es el punto capital de nuestro estudio la aparición de la gramática latina, porque la lengua, después de adquirir las cualidades que necesitaba para crear una literatura, adquirió lo único que le faltaba aún, la fijeza. Varrón vino á llenar este vacío con los veinte y cinco libros de su obra *De lingua latina*, merced á lo cual el lenguaje romano pudo sobreponerse algo á las oscilaciones y alteraciones que el uso constantemente le imponía.

Los estudios de Gramática perfeccionaron el latín, las conquistas lo extendieron y la extensión lo enriqueció suministrándole gran copia de giros y expresiones debidas á los distintos géneos de las varias comarcas que entonces adoptaron la lengua latina.

A beneficio de este movimiento político é intelectual apareció al lado del *sermo classicus* el *sermo peregrinus* y el latín más ó menos modificado fué la lengua hablada en todo el mundo entonces conocido, excepto en la Grecia, que siempre miró con desdén el idioma de unos vencedores que ella consideraba bárbaros desde la cumbre de su gloriosa tradición.

Veamos ahora en detalle algunos de los principales cambios que experimentó el latín en esta tercera época.

Disminuyen considerablemente los nombres en *es* que eran muy numerosos en la lengua antigua y algunos de los cuales se declinaban como *dies* y luego pasaron á la tercera declinación. Así se decía *plebes*, *plebei*, en vez de *plebs*, *plebis*, etc.

Desaparecen algunas formas antiguas de la conjugación, por más que aún se usen ciertos arcaísmos; así en Cicerón se halla el antiguo pretérito perfecto de *pono* (*posivi, possii*). (Tuscul V.)

Los casos, que primitivamente gozaban de gran fuerza y significación, comienzan á parecer insuficientes y se recurre á los adverbios y luego á las preposiciones. Augusto confiesa que este procedimiento se le antoja más claro y le da marcadísima preferencia; así escribe *impendere in aliquam rem* y no *alicui rei*. También Tito Livio escribe *Restituit ad parentes* y no *parentibus*. Pudieran multiplicarse las citas si no lo impidieran las dimensiones que hemos prefijado á este opúsculo.

Otra alteración se introduce desde Augusto; el cambio de orden en los nombres y apellidos. Así se lee en un autor *Priscus Helvidius, Pætus Thrasea*, en vez de *Helvidius Priscus, Thrasea Pætus*.

Se generaliza mucho en este tiempo la costumbre de sustantivar los adjetivos; cosa muy rara anteriormente. Tito Livio dice *tædio presentium* por *tædio de la situación presente*, y otros autores ofrecen gran copia de ejemplos.

En el uso de los pronombres se inició por los emperadores otra grave alteración, á saber: el uso de *nos* para la primera persona del singular cuando eran ellos el sujeto que hablaba. Esto les pareció más solemne y fué el principio de numerosos neologismos inventados por su vanidad ó por la torpe adulación de sus cortesanos.

Mas como todo organismo limitado y perecedero lleva ya en su interior cuando alcanza el apogeo de su destino el virus que ha de corromperlo y desorganizarlo, así el latin contiene, al tocar en las cimas de su encumbramiento, los gérmenes que han de destruir la belleza y elegancia de su expresión. Ya Cicerón denuncia en el lenguaje de sus días indicios y síntomas de decadencia y advierte á Bruto que cuando pise el suelo de las Galias será un latin dudoso el que herirá su oído. No se observa fielmente la propiedad de las voces, y los provincianos que

de todas partes del mundo acuden á Roma, introducen una porción de giros nuevos en la sintáxis.

Sabidísima es también la acusación de *patavinismo* ó paduanismo dirigida contra Tito Livio, si bién no es aún cuestión resuelta la de si el cargo formulado por esa palabra se refería al estilo ó á las ideas políticas del admirable historiador.

Pero estos anuncios de corrupeición solo son todavía sombras livianas que no empañan en lo más mínimo el esplendor de la latinidad clásica, y, aun así, no pasaban sin la protesta de los puristas que no perdonaban ocasión de condenar el abuso. César recomendaba á los jóvenes que evitasen *tamquam scopulum*, como un escollo, el empleo de nuevos vocablos. El emperador Tiberio en una arenga dirigida al Senado quiso latinizar la palabra MONOPÓLION; mas hé aquí que el insigne Pomponio Mela se levanta enérgico y dice al emperador que podría conceder el derecho de vecindad á los hombres; pero no tenía autoridad para concederlo á las palabras. Horacio también es purista; aunque, más transigente que César, consiente el empleo de neologismos, con tal que sean de necesidad (*Si forte necesse est indiciis monstrare recentibus abdita rerum*), que se deriven del griego sin violencia (*parce detorta*) y que no se abuse de esta libertad (*dabitur licentia sumpta pudenter*).

La literatura de esta época es el ciclo de los grandes oradores, historiógrafos y poetas. La prosa literaria logra su apogeo y la poesía lírica y épica ascienden á su máximo esplendor, en cambio la musa del teatro decae visiblemente, y la tribuna; que en el siglo I de esta época, se sublima con Cicerón, enmudece al aparecer el Imperio. Lucrecio, Catulo, Virgilio, Horacio, Tibulo, Propercio, Ovidio, Fedro, Terencio Varrón, Cicerón, César, Salustio, Cornelio Nepote, Tito Livio, el insigne andaluz Columela y otros nombres gloriosos ilustran este ciclo de gigantes literarios, cada uno de los cuales bastaría para hacer inmortal la lengua en que escribieron.

Mas ¡ah! que la tiranía se ha sentado sobre la ciudad de las siete colinas y el arte no puede vivir sino en la atmósfera oxigenada de la libertad. En vano el Imperio procura atraerse á los génius de la literatura romana que se habían desenvuelto en los últimos tiempos de la república y sienta á Virgilio y á Horacio en el triclinio junta á la mesa del banquete; la poesía se despide de sus días de gloria y gime con Ovidio en el Ponto para no recobrar jamás la grandeza perdida, la tribuna rueda como la cabeza de Ciceron al golpe del acero de la tiranía, el númen de la historia plega las alas al escribir la última página de Tito Livio y, no pudiendo ser imparcial, lanza en la soledad sentidas quejas que han de condensarse en la pluma de Tácito y el teatro se prostituye como la sociedad romana oprimida por la planta de los Césares.

VI.

CUARTA ÉPOCA. No puede en rigor afirmarse que esta cuarta época, *etas argentea*, sea un período de verdadera decadencia si se compara con los ominosos días que seguirán á la muerte de Marco Aurelio. No obstante y apesar de los esfuerzos de Tácito, Pomponio y Quintiliano la literatura no progresa y los síntomas de corrupción del language que señalábamos en la anterior etapa se agravan uniéndose á nuevos vicios cuyos estragos se notan ya profundamente en los últimos años de esta agitada Edad.

Dos causas concurren simultáneamente á este tristísimo resultado, á saber: el imperio y la aparición del cristianismo.

Como el imperio representaba el socialismo, la desaparición de aquella brillante aristocracia de la república y la extensión del derecho de ciudadanía, las antiguas familias patricias tan instruidas se van eclipsando y en cambio multitud de provincianos acuden de todas partes á la inmensa capital del mundo

haciendo resonar la tosquedad de su pronunciación y los giros bárbaros de su sintáxis en el Foro, en las termas, en los palacios y en las vías públicas. Resulta de tamaña confusión que la lengua clásica, no hablada por nadie á beneficio del latín popular, queda relegada al olvido y cada escritor, sustraído á la fuerza incontrastable del uso, arregla á su modo el *sermo classicus*, creándose un lenguaje peculiar.

Por otra parte el Cristianismo que hablaba para el vulgo y que no era tampoco propagado por literatos ni filósofos, se valió de la lengua popular para su catequismo y sus ceremonias; sin contar con que el latín clásico formado y exaltado al calor del paganismo no podia ser la expresión propia de otras ideas, para las cuales carecia de moldes idóneos. Por esta insuficiencia, el Cristianismo vióse obligado á introducir profusamente neologismos y alteraciones que causaron hondas heridas en la lengua latina y que han subsistido y subsisten en la lengua litúrgica de la Iglesia occidental.

Descendamos al detalle de las más importantes alteraciones sufridas por el latín en este ciclo de plata.

Infinidad de neologismos que designaban oficios y relaciones propias del nuevo orden político invaden el idioma, en tanto que otras voces mudan su acepción propia, así *caelestis*, *divinus* y sus derivados se destinan á adjetivar las dicciones que expresan cosas referentes á la dignidad imperial, *famosus* se concreta á indicar la buena reputación, etc. Otros vocablos alteran su pristina terminación como *voluptuosus* en vez de *voluptarius*. Fórmanse palabras compuestas de modo nuevo, p. ej. *transmutatio* y aparecen adjetivos antes desconocidos, como *sapidus*, *valetudinarius*, etc. y no pocos superlativos, como *piissimus*, *fidissimus*, etc.

A partir del siglo III (d. de J. C.), los néutros se hacen invariables en el singular. Los ablativos de los comparativos se usan con mayor frecuencia y toman la terminación *i* desde el tiem-

po de Lucano. El vocativo *meus* en la lengua popular era *mi*, después de haber sido *mec*, *mie* y desde antes de Apuleyo se comenzó á decir *mi* en el femenino en lugar de *mea*. Aumenta también el empleo de nombres abstractos en sustitución de los concretos. Es frecuente en Tácito decir *amicitiæ* en vez de *los amigos*.

Aparecen verbos nuevos como *crucifigere*, *restaurare*, *adunare*, etc., y se notan algunas alteraciones en la conjugación. Hasta fines de la época clásica no aparecen las pasivas de los intransitivos con sujeto determinado; pero en Tácito abundan estos giros: *Germani regnantur*, *triumphati sunt*, etc. para decir que los germanos tienen reyes y que fueron vencidos. También en esta época se cambia la significación de algunos adverbios como *adhuc* que expresaba el tiempo pasado y ahora denota el presente y se suprime la preposición *in* que se usaba con los ablativos de lugar. Tácito dice *Corinthi*, en Corinto; *Achaïæ urbe*, ciudad de Acaya.

Se emplea el pretérito perfecto de subjuntivo en vez del presente, así Cicerón decía: *ut ita dicam* y Quintiliano *ut ita dixerim*. Aumenta el número de los participios de presente que pueden emplearse como adjetivos; así Tácito escribe *sui obtegens* (ocultando su vida). Se acentuó el uso, incipiente en los días de Augusto, de poner en subjuntivo el imperfecto y el pluscuamperfecto después de *quisquis*, *quicumque*, *ubi* y otros conjuntivos. En fin, se extendió el empleo de *non* en el sentido prohibitivo, cosa rarísima en tiempo de Augusto. Quintiliano tacha esta construcción de solecismo; pero no puede sustraerse al torrente general y la emplea también en sus escritos.

Es de notar la innovación introducida en la ortografía por el emperador Claudio, la cual consistió en la invención de tres nuevos signos. Era uno el *antisigma* que equivalía á una labial doble, otro una I que representaba un sonido semejante al de la *u* francesa (probablemente el mismo sonido de la upsilon) y

el otro una especie de digamma invertido para distinguir el sonido de la *v* del de la *u*, sonidos que, según hemos expuesto anteriormente, tenían idéntica representación gráfica. No prosperó esta ocurrencia imperial y, muerto Cláudio, nadie volvió á acordarse sin desdén de la reforma ni del reformador.

La enseñanza de la Gramática se hace más uniforme en el reinado de Vespasiano que, asignando honorarios á los maestros de profesión, comenzó la organización oficial de la enseñanza; mas nada bastó á contener el creciente decaimiento de la lengua y la literatura. Todo régimen personificado en una entidad, simple ó compleja, es incompatible con la plena libertad de expresión que el Arte por su naturaleza necesita. La historia duerme hasta sentir la brusca sacudida del génio de Tácito, la elocuencia, perdida su pristina majestad, se torna en ingenioso artificio; la literatura filosófica, poco apropiada al espíritu romano, es, apesar del talento de Séneca, una debil prolongación del estoicismo griego y la novela, entonces iniciada por Petronio, pasa fugaz, como ave de paso, por el campo literario de Roma.

La Geografía y la Jurisprudencia son la verdadera característica científica de este período ilustrado por los nombres de Celso, Plinio y Pomponio Mela.

La Poesía nos ofrece los nombres de dos insignes andaluces, Lucano y Silio Itálico y de los grandes satíricos, pues la sátira, protesta de la conciencia contra el cieno en que se revolcaba el imperio, era el género literario que mejores condiciones tenia para su expresión en aquellos calamitosos tiempos. Persio, Juvenal y Marcial se immortalizaron cultivando la poesia satírica; pero la destrucción del coloso romano estaba decretada y nada podia sujetar el rayo de la justicia divina.

VII,

QUINTA ÉPOCA. El desmoronamiento del imperio, un instante contenido por la prudencia de los Antoninos, se precipitó á la muerte del estóico Marco Aurelio. Las costumbres se habían prostituido á un extremo que el historiador se ruboriza de narrarlo, el gran númen del pueblo romano se habia desvanecido ante aquellas oleadas que arrojaban diariamente un diluvio de gentes extrañas á la metrópoli del mundo, y los césares, aislados en las alturas del sòlio de toda relación social y humana, eran verdaderos dementes embriagados en la orgía de sus pasiones, sin idea política, sin conciencia de su misión y sin retroceder ante el crimen ni palidecer ante el escándalo. El pueblo habia abdicado por completo su soberanía y, no menos corrompido que sus dueños, veía sin bochorno la púrpura imperial puesta á subasta sobre el fango de la plaza pública ó ensartada en las picas de los legionarios que la conferían al primer soldado de fortuna entre los vértigos de la embriaguez y los atropellos de la barbarie.

Roma habia dejado de ser un pueblo y no podía tener expresión literaria, y cuando una lengua no sirve para objetivar las concepciones del Arte, cuando solo se aplica á las necesidades de una vida vulgar é indigna, pierde sus galas y aptitudes literarias, se vulgariza también, se corrompe y se coloca al nivel del espíritu que ha de interpretar. No es lo mismo recojer bellezas y esmaltes en los labios de Ciceron ó en la pluma de Tito Livio que enlodarse en la jerga de los pretorianos, de los esclavos y de las meretrices.

Voces bárbaras, giros exóticos, rudos provincialismos infes-

taban el idioma de Horacio y, como si estas causas de corrupción fuesen aún cosa baladí, la traslación de la sede imperial á Bizancio, dió el golpe de gracia al menguado latin de la decadencia. La lengua romana, ya desquiciada y moribunda, fué arrancada de su propio suelo y trasportada á un medio nada favorable para su conservación. Modismos helénicos se mezclaron entonces con el habla latina, una pronunciación extraña alteró los sonidos, nadie tuvo empeño en velar por la pureza de un idioma que era extranjero en su nueva patria y la suerte de la lengua fué también la suerte del Estado: este degeneró en el *Bajo Imperio*, aquella en la *baja latinidad*.

Muchos sustantivos toman distinta significación, p. ej.: *gentilis* por *paganus*, *deliquium* por *delictum*; aparecen con profusión los neologismos ora por los cargos que creaba el imperio como son *comes*, *excellencia*, *egregius* y otros varios, ora por los progresos de la jurisprudencia, la medicina y la teología, como *anatomia*, *laicus*, *baptizare* y una gran copia de helenismos bárbaramente aplicados; se inventan nombres compuestos como *unigenitus*, *sanctificare*, etc; y aumenta considerablemente el catálogo de las voces abstractas como *christianitas*, *indisciplinatio*, etc.

Igualmente en la esfera de los adjetivos, los hay nuevos, p. ej.: *venialis* y alterados en su significación, p. ej.: *sanctus* que significaba sancionado y ahora la santidad. De estos cambios en los adjetivos se originan otros en los adverbios que resultan nuevos ó modificados en su antigua significación.

Las terminaciones, tanto de los sustantivos como de los adjetivos, experimentaron profundas variaciones, hallándose p. ej.: *sapientialis* en lugar de *sapiens* al par que se restablecen algunos arcaísmos poco adecuadamente renovados.

La tendencia al neologismo penetra en los verbos, surgiendo algunos nuevos como *jejunare*, *vicinari*, cambiando su significado otros como *dirigere* que expresaba rección y ahora se

emplea como enviar, y variando otros la forma de su conjugación como *magnificare, honorificare, etc.*

Las palabras indeclinables no escapan tampoco á la influencia innovadora y se halla *apud* en vez de *in, absque* por *propter, etc.*

La propaganda cristiana y la irrupción bárbara coronaron la obra de destrucción. El pensamiento de la nueva evolución religiosa tenia que modificar el idioma para facilitar su expresión y el gran movimiento filosófico, platónico en sus comienzos, aristotélico al fin, que produjo la ciencia patristica, hallaba estrechos los moldes de un idioma virgen aún para la filosofía. (1)

Apuntaba para el mundo la aurora de una nueva edad y lenguas, artes, costumbres, todo lo perteneciente á la sociedad eaduca debia derrumbarse, legando á los siglos posteriores lo que en sí tuvieran de universal y de eterno.

La prosodia latina sufrió aún más brusca sacudida que la sintáxis y el léxico por el impulso artístico de la revolución cristiana. Ya en Roma habíanse notado débiles tendencias á emancipar el ritmo de la tiranía de la cantidad (2), esta tendencia fué acentuándose con la complicidad de algunos escritores y al cabo la musa popular sustituyó de una vez el acento á la cantidad. Los himnos eclesiásticos ambrosianos y agustinos marcan el triunfo del acento y la poderosa influencia de la Iglesia en esa metamórfosis de la versificación. Además la aliteración, que venia trasmitiéndose silenciosamente de siglo en siglo y que tan efímero papel desempeña en la prosodia clásica, se fija ahora en la sílaba final del verso y aparece el elemento nuevo y característico de la poesía cristiana, la rima.

Mientras la labor sosegada de la Iglesia minaba los cimientos de la lengua latina, los bárbaros que desde muchos siglos lla-

(1) El génio romano no era apropósito para el cultivo de la filosofía, así que en Roma no hay literatura filosófica propiamente dicha ni ningún filósofo de importancia; apesar de Cicerón y Séneca que solo fueron últimas determinaciones del pensamiento griego.

(2) Véase nuestra obra *Principios Generales de Versificación* (2.ª ed.)-III, LV y siguientes.

maban impacientes á las puertas del imperio se habian desbordado como celeste azote por todo el Occidente y las nacionalidades modernas se dibujan bajo la ola de sangre y el soplo de fuego que circulan por Europa.

Estos jóvenes pueblos, educados por la Iglesia ortodoxa ó por la arriana, aprendieron la lengua que su maestra usaba y, al constituirse en Estados, también se vieron obligados á tornar los ojos al latín, único medio de entenderse con los vencidos. Del contacto de las lenguas bárbaras con la latina resultó una fusión que no fué obra de un instante; pero cuya trascendencia fué inmensa. Las declinaciones desaparecieron en este torbellino y solo quedaron dos casos: uno directo y otro reflejo, las conjugaciones se simplificaron, las sílabas acentuadas asumieron toda la importancia de la pronunciación y las siguientes fueron suprimidas ó debilitadas, apareció el artículo con función propia y, en fin, el hipébaton perdió toda su importancia; porque, habiéndose desprendido los vocablos de las terminaciones que indicaban los casos, solo podía ser reconocida su importancia en la cláusula según el puesto que ocupaban en la oración.

Así nacieron en los primeros siglos de la edad media las hablas romances, más analíticas y más aptas para el nuevo orden social que el latín, cuya misión como lengua viva había terminado en el mundo.

Las letras latinas en este largo período apenas producen obras dignas de atención. La Gramática, la Geografía y la Jurisprudencia solamente dan señales de vida, la elocuencia se despide con los sentidos elegiacos acentos de Símaco, la Poesía es imitadora, la Historia paupérrima y solo la literatura cristiana, representada por S. Cipriano, Lactancio, S. Ambrosio, Prudencio, S. Jerónimo y S. Agustin, merece el estudio, la admiración y el interés de los doctos.

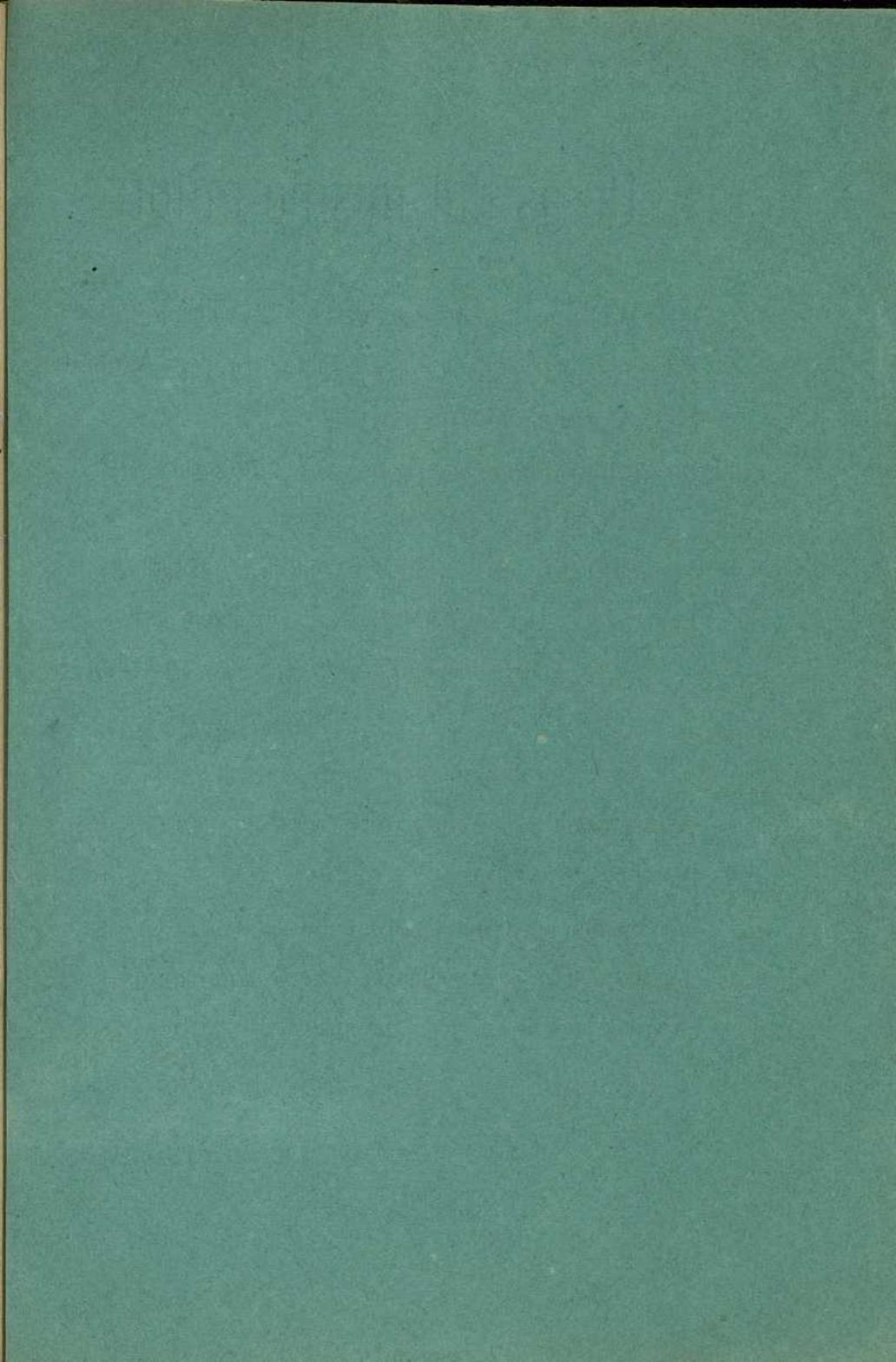
En vano, pasado el fragor de la lucha, se intentó reanimar

un idioma cuya misión histórica estaba definitivamente concluida. Carlo Magno ordenó que los procedimientos judiciales se siguieran en latín y que en el propio idioma se formularan las sentencias; Boecio y Casiodoro, con no menor empeño, trataron de restaurar el idioma del Lacio; pero el latín estaba agotado y se refugió en las escuelas donde fué cruelmente maltratado por los ergotistas, creadores del *latín bárbaro* en que se han escrito las obras posteriores de la edad media.

El resplandor del Renacimiento con su amoroso culto de la antigüedad galvanizó un punto el cultivo de las letras clásicas é hizo soñar con más prósperos días para la hermosa y extinguida lengua; pero la Reforma religiosa, al proclamar el principio del libre exámen, sintió la necesidad de apelar á los idiomas vivos para realizar su propaganda, de otra suerte imposible, y sepultó para siempre la lengua latina en el olvido y en la muerte.



FIN.



Obras del mismo autor.

Principios generales de Versificación (2.^a edición, agotada)

Modelos literarios de la Francia contemporánea (Agotada)

Sintaxis Francesa. (Agotada).

Código de la Marina mercante. (*Traducción*).

Primer curso de la lengua Francesa.

Segundo curso de la lengua Francesa. (Agotada).

Fonología y Ortografía Francesa. (Agotada).

Arte poética de Boileau. (*Traducción y notas*). (Agotada).

Práctica de traducción inversa. (Agotada).

Nueva práctica de traducción inversa.

Versiones Francesas.

Compendio histórico de la lengua Latina.

La Estrella ó la Providencia. (*En colaboración.*)

A cada cual lo suyo. (*En idem.*)